



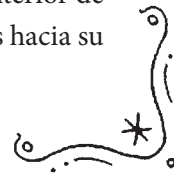
1

LA MAÑANA EN LA QUE PARTIMOS HACIA nuestro Gran Tour del Continente, despierto en la cama junto a Percy. Por un momento desorientador, no está claro si nos *acostamos* o si simplemente hemos dormido juntos.

Percy aún viste toda su ropa de la noche anterior, aunque la mayoría no está ni en el estado ni en la ubicación original y, a pesar de que las mantas están un poco desordenadas, no hay ningún rastro de acción. Por lo tanto, aunque yo solo tenga puesto mi chaleco (que por alguna clase de hechicería ahora está abotonado en mi espalda) y un zapato, parece seguro asumir que ambos mantuvimos en reserva nuestras partes privadas.

Lo que me produce una suerte de alivio, porque me gustaría estar sobrio la primera vez que estemos juntos. Si es que en algún momento hay una primera vez. Lo cual comienza a parecer que no sucederá.

A mi lado, Percy rueda y por poco no me golpea la nariz cuando lanza un brazo sobre su cabeza. Su rostro se acomoda en el interior de mi codo mientras jala excesivamente de su parte de las mantas hacia su



lado, sin despertar. Su cabello apesta a cigarros y su aliento está rancio, aunque a juzgar por el sabor que se desliza en la parte posterior de mi garganta, una mezcla fuerte de ginebra y el perfume de un extraño, puedo decir que el mío es peor.

Desde el extremo opuesto de la habitación, se oye que abren las cortinas y la luz del sol me ataca. Alzo las manos para cubrir mi rostro. Percy despierta de una sacudida y suelta un graznido similar al de un cuervo. Intenta rodar sobre sí mismo, me encuentra en su camino, continúa rodando y queda sobre mí. Mi vejiga protesta fervientemente ante la situación. Si tengo una resaca así de severa, debemos haber bebido una cantidad extraordinaria anoche. Y yo que comenzaba a sentirme bastante confiado por mi aptitud para beber hasta perder la conciencia la mayoría de las noches y después ser una persona funcional la tarde siguiente, siempre y cuando la tarde en cuestión no comenzara temprano.

Y en ese momento me doy cuenta de que estoy completamente destrozado y aún un poco ebrio. No es de tarde, hora en la que estoy habituado a despertar, sino bastante temprano en la mañana, porque hoy, Percy y yo, partiremos hacia el Continente.

–Buenos días, caballeros –dice Sinclair desde el extremo opuesto de la habitación. Solo distingo su silueta contra la ventana; todavía nos está torturando con la maldita luz natural–. Mi lord –prosigue, haciendo una reverencia en dirección a mí–, su madre me envió a despertarlos. Su carruaje partirá en menos de una hora y el señor Powell y su esposa están desayunando en el comedor.

Desde alguna parte cerca de mi ombligo, Percy emite un sonido afirmativo como respuesta a la presencia de su tío y su tía en el desayuno; es un ruido que no se asemeja a ningún lenguaje humano.

–Y su padre llegó de Londres anoche, mi lord –añade Sinclair, refiriéndose a mí–. Desea verlo antes de que parta.

Ni Percy ni yo nos movemos. El zapato solitario que permanecía aferrado a mi pie se rinde y cae al suelo, con el sonido amortiguado del taco de madera contra la alfombra persa.

–¿Debería darles a ambos un momento para volver en sí? –pregunta Sinclair.

–Sí –decimos Percy y yo al unísono.

Sinclair se marcha; escucho que la puerta se cierra detrás de él. Al otro lado de la ventana, puedo oír las ruedas del carruaje moviéndose sobre la grava de la entrada y las voces de los peones mientras enganchan los caballos.

Luego, Percy emite un gemido espeluznante y yo comienzo a reír sin razón alguna.

Él intenta golpearme pero falla.

–¿Qué?

–Suenas como un oso.

–Bueno, tú hueles como el suelo de una taberna –se desliza de cabeza fuera de la cama, se enreda entre las sábanas y termina haciendo una suerte de parada de cabeza con la mejilla contra la alfombra y la cintura quebrada sobre la cama. Su pie golpea mi estómago, demasiado abajo para mi comodidad, y mi risa se transforma en un gruñido.

–Espacio, cariño.

La necesidad de orinar es demasiado intensa y ya no puedo ignorarla. Así que me incorporo, arrastrándome con una mano sobre las cortinas. Algunos cordones se sueltan. Es probable que si me inclino para encontrar el orinal debajo de la cama, esto sea causa de mi deceso, o al menos del vaciamiento prematuro de mi vejiga. Así que, en cambio, abro las ventanas francesas y orino en los arbustos.

Cuando volteo, Percy continúa de cabeza en el suelo con los pies apoyados sobre la cama. Su coleta se deshizo mientras dormíamos y

ahora su cabello, liberado de las cintas, envuelve su rostro como una salvaje nube negra. Me sirvo un vaso de jerez del decantador que está en el aparador y lo bebo en dos tragos. Su sabor a duras penas logra quitar el gusto de lo que sea que se metió en mi boca y murió durante la noche, pero el estímulo me ayudará a sobrevivir la despedida con mis padres. Y días en un carruaje con Felicity. Dios Santo, dame fuerza.

–¿Cómo regresamos a casa anoche? –pregunta Percy.

–¿Dónde estuvimos anoche? Todo es un poco confuso después de la tercera mano de piquet.

–Creo que ganaste esa mano.

–No estoy completamente seguro de haber estado jugando esa mano. Si estamos siendo honestos, bebí un par de tragos.

–Y si de veras estamos siendo honestos, no fueron solo “un par”.

–No estaba *tan* ebrio, ¿o sí?

–Monty, intentaste quitarte los calcetines con los zapatos puestos.

Tomo con las manos un poco de agua de la jofaina que Sinclair dejó, me lavo la cara y después me golpeteo las mejillas un par de veces en un tonto intento de reponerme para el día. Se oye un ruido detrás de mí cuando Percy rueda hasta quedar totalmente sobre la alfombra.

Lucho con mi chaleco, me lo quito por encima de la cabeza y lo dejo caer al suelo. Recostado, Percy señala mi estómago.

–Tienes algo peculiar allí abajo.

–¿Dónde? –bajo la mirada. Hay una mancha de labial rojo brillante debajo de mi ombligo–. Vaya, mira nada más.

–Ahora, ¿cómo crees que llegó allí? –pregunta Percy con una sonrisa burlona mientras yo me escupo la mano y froto la mancha para quitarla.

–Un caballero sabe guardar secretos.

–¿Fue un caballero?

–Te lo juro por Dios, Per, si lo recordara, te lo diría –bebo otro sorbo

de jerez directo desde el decantador y lo apoyo sobre el aparador, y por poco no se me cae. Aterriza un poco más fuerte de lo que era mi intención-. Sabes... es una carga.

-¿Qué cosa?

-Ser tan apuesto. Ni un alma puede quitarme las manos de encima. Él ríe con la boca cerrada.

-Pobre Monty, qué cruz pesada de llevar.

-¿Cruz? ¿Qué cruz?

-Que todos se enamoren al instante y apasionadamente de ti.

-Bueno, no puedo culparlos. Si yo me conociera, también me enamoraría de mí -y después le dedico una sonrisa que es tan taimada como inocente con unos hoyuelos infantiles tan profundos que uno podría verter té dentro.

-Tan modesto como guapo -él arquea la espalda; un estiramiento exagerado con su cabeza apoyada contra la alfombra y los dedos entrelazados sobre la coronilla. Percy se expresa respecto a muy pocas cosas, pero siempre se le suelta la maldita lengua por la mañana-. ¿Estás listo para hoy?

-Supongo que sí. No estuve muy involucrado en la organización; mi padre se encargó de todo. Si las cosas no estuvieran listas, no nos despedirían hoy.

-¿Felicity ha dejado de quejarse de la escuela?

-No tengo ni noción de dónde está la mente de Felicity. Aún no veo por qué debemos llevarla con nosotros.

-Solo hasta Marsella.

-Después de dos malditos meses en París.

-Sobrevivirás a un verano más con tu hermana.

En el piso superior, el bebé comienza a llorar escandalosamente (los tabloncillos del suelo no están ni cerca de amortiguar el ruido) y a

continuación, se oye el sonido de los tacones de la niñera mientras se apresura a atender su reclamo; un repiqueteo como el de los cascos de los caballos sobre los adoquines.

Percy y yo alzamos la vista hacia el techo.

–El Goblin despertó –digo a la ligera. Aún apagado, su llanto aviva el dolor que palpita en mi cabeza.

–Intenta no sonar demasiado feliz por su existencia.

He visto muy poco a mi hermano bebé desde que llegó hace tres meses y fue suficiente para maravillarme, primero de cuán extraño y arrugado se ve, como un tomate que ha estado bajo el sol todo el verano y, segundo, de cómo alguien tan diminuto tiene un poder tan inmenso como para arruinar toda mi maldita vida.

Succiono una gota de jerez de mi pulgar.

–Es una gran amenaza.

–No puede ser muy amenazante; es solo así de grande –Percy alza las manos como muestra.

–Aparece de la nada...

–No creo que puedas afirmar que apareció *de la nada*...

–... y luego llora todo el tiempo, nos despierta y ocupa espacio.

–Qué descarado.

–No estás siendo muy compasivo.

–No me estás dando muchas razones para serlo.

Le lanzo una almohada, pero él todavía está demasiado dormido para esquivarla, así que lo golpea de lleno en el rostro. Ríe mientras me devuelve un golpe poco entusiasta desde el suelo; después me dejo caer en la cama, recostado sobre mi estómago, la cabeza colgando por el borde y el rostro flotando sobre el suyo.

Él alza las cejas.

–Te ves muy serio. ¿Estás planeando vender al Goblin a un grupo

itinerante de artistas con la esperanza de que lo críen como a un hijo propio? Fracasaste con Felicity, pero quizás tengas suerte la segunda vez.

La verdad es que estoy pensando en cómo este Percy somnoliento, despeinado y con la guardia apenas baja es absolutamente mi Percy favorito. Estoy pensando en que si él y yo emprendemos juntos este último viaje al Continente, tengo intenciones de llenarlo con tantas mañanas como esta como me sea posible. Estoy pensando en cómo pasaré el próximo año tratando de ignorar que habrá otros años después de este: me embriagaré incontrolablemente cada vez que sea posible, coquetearé con chicas bonitas con acentos extranjeros y despertaré junto a Percy, saboreando el tamborilear de mi corazón cada vez que estoy cerca de él.

Me inclino hacia abajo y toco sus labios con mi dedo anular. También pienso en guiñarle un ojo, aunque admito que sería un poco excesivo, pero siempre he pensado que la sutileza es una pérdida de tiempo. La fortuna favorece a los que se insinúan.

Y si a esta altura Percy no sabe cómo me siento, es su maldita culpa por ser un tonto.

–Estoy pensando en que hoy comenzaremos nuestro Gran Tour –respondo–, y que no lo desperdiciaré en absoluto.